

NOTAS.

a. Practerea festivitas Sanctissimae Trinitatis, secundum consuetudines diversarum regionum, á quibusdam consuevit in Octavis Pentecostes, ab illis in dominica prima ante Adventum Domini celebrari. Ecclesia siquidem Romana, in usu non habet, quod in aliquo tempore, hujusmodi celebret specialiter festivitatem, cum singulis diebus, gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto, et caetera similia dicantur, ad laudem pertinentis Trinitatis. Decretal. Quoniam. Tit. de Feriis.

b. La fiesta particular de este Misterio, introducida en el siglo noveno por algunos Obispos católicos, para alimentar la piedad de sus pueblos, fué adoptada por la Iglesia romana en el siglo décimocuarto, bajo el Pontificado de Juan XXII, quien la fijó irrevocablemente al primer Domingo después de Pentecostés, por ser esta festividad como el fin y complemento de todas las demás. (Tomasi lib. 2, cap. 18). Léase su historia en el Año Cristiano por Croiset, tom. 4.º de las Dominicas.

c. Si la distincion de las Personas Divinas no fué mas claramente expresada en la antigua ley, era por temor á que los judíos, arrastrados por el ejemplo de los Egipcios que adoraban muchos dioses, no llegaran á imaginarse que habia tres esencias de Dios en las tres Divinas Personas. Pero en el nuevo Testamento, que fué el medio elegido por Dios para llamar á los gentiles á la fé, la distincion de las tres Personas en la esencia divina, no puede estar mas terminantemente expresada. San Ligorio, Triunfo de la Iglesia, Dis. I.ª part. I.

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN EL SAGRARIO DE MEXICO EN 27 DE JUNIO DE 1886,

POR EL PRESBITERO

J. Pablo de J. Sandoval.

Quoniam tres sunt qui testimonium dant in caelo: Pater, Verbum et Spiritus Sanctus: et hi tres unum sunt.

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa.

Epist. S. Joan, c. V, v. 7.

Hoy celebra la Iglesia de Cristo en esta solemnidad que consagramos á nuestro Dios, el misterio por esencia, el misterio de los misterios. Ocupo ahora la cátedra sagrada para presentar á vuestra inteligencia la grandeza incomparable de Dios y moveros á rendir el debido

SERM.—TOM. I.—P. 59.

homenaje de nuestra fé ante la inefable Divinidad que se ha dignado revelarse con caracteres tan magníficos como admirables. ¡Pero no es una temeridad inconcebible que hable de Dios un pobre mortal? Con todo, ninguna dificultad embarazaría mi espíritu, si el Dios que vengo á anunciaros fuese el Dios conocido en el antiguo Egipto, honrado en la pagana Grecia, adorado en la Roma gentil ó glorificado en las Indias. Tampoco me parecería cosa difícil hablaros del Dios concebido por los filósofos ora antiguos, ora modernos, panteístas ó racionalistas; porque siendo todas estas deidades concepciones de la inteligencia humana, no sobrepujarían la virtud de su comprensión. Antes bien, pareceríame haecdero poner ante vuestros ojos y como en relieve la pequeñez y mezquindad de la razon humana que, abandonada á sí misma, no ha podido concebir sino dioses imperfectos, monstruosos y hasta abominables. En efecto, no puede pasarse la vista por las mitologías y teogonías antiguas, sin avergonzarse. ¡Es posible que haya llegado la razon humana á tal grado de extravío que no solo haya adorado como en la Caldea, al sol y á los astros como á dioses; que no solo los haya dividido en buenos y malos como en la India, sino que se haya degradado al extremo de que, como en Egipto, haya hecho dioses hasta de las cebollas que producian sus huertas; ó como en Grecia y Roma, los haya concebido tan abominables, como el Júpiter olímpico, padre de dioses y diosas llenos de pasiones, de intrigas y de crímenes? Los mismos filósofos antiguos diferian apenas del sentir de los antiguos pueblos. Quien hacia Dios de los astros; quien del éter y el espacio; quien lo consideraba como un inmenso círculo ó cinta de luz que coronaba al universo; quien como una mezcla ígnea ó como al alma del mundo. Varron divinizaba al mundo; Estraton deificaba á la naturaleza toda; á Plinio, al observador Plinio se le escapó decir que: ó el sol era Dios, ó no podia admirar Dios alguno. Anaxágoras, Aristóteles, Sócrates, concibieron una idea mas elevada de la Divinidad, pero estrellándose ante los misterios de

la Creacion y Providencia, se volvieron á los mitos del pueblo; y Platon, á pesar de su *Logos*, idea tomada quizá de los libros de Moisés, hizo de Dios un arquitecto, un simple arquitecto que en la gerigonza moderna del masonismo es llamado ampulosamente, el grande Arquitecto del Universo. El dios Belo, de cuya sangre salpicada en la tierra nacen los hombres, el Dios Júpiter de cuya cabeza sale Minerva, son como los orígenes groseros del panteísmo que perfeccionado por la filosofía alemana, ha llegado á la conclusion de que Dios ha sido una idea, una pura idea, pero sin entendimiento que la conciba ni ser que la piense; sino una idea sola, que por sí misma ha ido estirándose, desenvolviéndose, desarrollándose por un crecimiento incomprensible, hasta transformarse y ser todo lo que existe. Nada diré de los modernos positivistas. Ellos mismos se han declarado impotentes, confesando paladinamente que no tienen á su alcance medio alguno para cerciorarse siquiera de la existencia de Dios. Son, pues, unos tímidos ateos.

Esta rapidísima ojeada sobre la idea, que de la naturaleza divina han formado los pueblos gentiles y los filósofos descreídos, es una prueba de que no es cosa difícil hablar del Dios que la razon por sí sola concibe, y á la vez nos enseña que la inteligencia humana abandonada á sus propias luces, ha marchado de tal manera de aberracion en aberracion que, segun la expresion de Bossuet, todo ha sido Dios para ella, menos el único que podia serlo. Solo Dios puede revelar dignamente á Dios. Y lo ha hecho, cristiano. En medio de la zarza ardiendo sin consumirse, ha dicho á Moisés: Yo soy el que soy; dile á mi pueblo que te envía el que es. Dios es el que es, ó mas bien *es*. Sí; los demás seres, nosotros mismos, todo lo que existe es tan pequeño, tan limitado, carece de tantas perfecciones, tanto es lo que le falta y tan poco lo que posee, que con mas propiedad puede decirse que *no es*; su misma duracion es tan pasajera, medida en la inconcebible serie de toda duracion, que mas bien puede decirse que no existe. Solo Dios, que abraza en su inmen-

sidad toda perfeccion y en su existencia la eternidad, es el único que es: Dios, en consecuencia, es el único que es en toda la amplitud de esta palabra sustantiva.

Difícil es ya hablar de Dios como se ha revelado el mismo en el antiguo Testamento; mas esta dificultad se convierte en imposibilidad absoluta, siendo Dios, no como se ha revelado al pueblo judío, sino como se ha revelado al pueblo cristiano, al Dios cuya naturaleza os anuncio ahora. Dios se ha dignado levantar la estremidad del velo que lo oculta, mostrándole á su discípulo predilecto que «son tres los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.» ¡Ah, vengo á anunciar con S. Juan, la Trinidad en la unidad de Dios! Pedid, cristianos conmigo el auxilio de Dios, para que nada indigno de El salga de mis labios; para que nada contrario al dogma pueda escapárseme inconscientemente; pedidlo conmigo á María, que con Jesús y Jo-é formaron la trinidad de la tierra; pedidlo con las palabras con que el mensajero celestial le reveló su maternidad divina. Ave Maria.

Existe un libro antiquísimo escrito por historiadores que presenciaron los hechos que describen y para pueblos que fueron testigos de los hechos narrados. Su verdad es indiscutible. Es cierto que la crítica descreída se ha empeñado por diez y nueve siglos en despedazar este

inquebrantable monumento, mas sus golpes han sido siempre golpes de buril que han servido para pulimentarlo. La institucion establecida segun este libro, existe, y su presencia en la tierra, es el mas irrefragable testimonio de su veracidad. Ese libro se llama Nuevo Testamento. La institucion fundada segun su espíritu es la Iglesia. Dios ha hecho este libro para la Iglesia, y la Iglesia ve este libro como de Dios. Ahora bien, este libro divino, escrito bajo la inspiracion de Dios, nos presenta á la Divinidad, sin las monstruosidades de las mitologías, sin los absurdos del filosofismo y con una grandeza é incomprendibilidad tan excelsa, que esto solo nos basta para quedar enteramente satisfechos de su verdad.

En efecto, un Dios perfectísimo y armónico en sus perfecciones, un Dios incomprendible por grande, no es un Dios excogitado por el hombre, sino revelado por Dios, y consiguientemente el Dios verdadero. Esto es evidente, porque un Dios comprensible al hombre, estaria á la altura del hombre, valdria tanto como él y por lo mismo no seria Dios. Dios para serlo, debe ser incomprendible, impenetrable á cualquiera inteligencia que no sea la infinita de Dios. Así es el Dios que nos describe el nuevo Testamento en muchos de sus pasages, sobre-aliendo entre todos por su claridad y brillantez el del evangelista S. Juan, en el que nos dice terminantemente que *son tres los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo*. He aquí tres hipóstasis, tres personas; solo personas pueden dar testimonio. Y estos tres, continúa S. Juan, *son una misma cosa*. He aquí una sola sustancia, un solo Ser divino, una sola Divinidad. Así S. Juan en breves, pero terminantes palabras, nos revela el augusto misterio de la Trinidad, incomprendible á nuestra inteligencia, es verdad; pero que exige de nosotros el homenaje mas sincero y profundo de nuestra fé. Dios lo ha revelado, luego así es.

Esto nos basta, dice el fervoroso creyente. Y así es ciertamente. Una vez conocida la verdad de la revelacion de este misterio, ¿qué debe hacer el cristiano, sino inclinar

la frente y entonar con la creación entera el himno eterno: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo? Pero ya que la ciencia vacila y el teólogo cristiano estudia, descendamos á las profundidades de este misterio; hagámoslo caber en el entendimiento, en cuanto es posible hacer caber en el hueco de la mano la profundidad inmensa de los mares. Pero esto solamente con el fin de ver que nada hay en él de monstruoso y absurdo, y solamente para convencernos de que el Dios de los cristianos excede en magestad y grandeza á las mentidas divinidades, cuanto excede lo infinito al grano de arena que arremolina el viento.

La ciencia impía que blasfema siempre, sin estudiar jamás, ante este misterio exclama: contradicción, absurdo, las ciencias exactas no sufren jamás que tres sean uno, ó uno sume tres. Tales razonadores tendrían razón si nosotros confesásemos que tres Dioses son un Dios, ó que un Dios es tres Dioses; ó que sus tres Personas son una Persona, ó que una Persona es tres Personas. Mas nuestra fé nunca nos ha enseñado tal desbarro. Nuestra fé nos dice que es uno, único el Ser divino, pero de tan infinita fecundidad que subsiste en tres Personas realmente distintas. «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa.» ¿Tendrá el teólogo cristiano algo que acerque á nuestros míopes ojos este misterio? Sí: la naturaleza, el hombre. Es inconfuso, y esto aun entre nosotros mismos, que los hombres se conocen por sus obras; que las grandes concepciones revelan las grandes inteligencias, y que toda obra lleva en sí el sello de su autor. Ahora bien, el universo es la obra de Dios y el efecto de su sabiduría. Debe por tanto contener vestigios de la trinidad y unidad de un Autor; solo vestigios, que nos darán una idea vaga de este misterio, como vaga es la idea del pie que nos da su huella impresa, pero siempre verdaderos vestigios.

Todos los cuerpos que contiene el universo, todos sin excepción, tienen en sus tres dimensiones la huella de la

Trinidad. Todos ellos constan de longitud, anchura y espesor, relaciones reales distintas, que no pueden confundirse y que dan un solo ser. En todos los seres hay materia, forma y actividad: tres propiedades esenciales y distintas que constituyen una sola cosa. Todos los seres tienen tres atributos trascendentales: su unidad, su verdad propia y su bondad peculiar que se identifican en cada ser. Las mismas ciencias exactas nos presentan en el triángulo equilátero, emblema de la Trinidad, tres ángulos exactamente iguales y distintos, que encierran uno y el mismo espacio. El sol, entre los seres materiales, ese astro magnífico que ilumina, que da vida y calor á la tierra, que es único en nuestro cielo, que en un mismo momento indivisible da las tres medidas del tiempo: mañana para los pueblos occidentales, medio día para los que están bajo el meridiano y tarde para los pueblos orientales, es, según la expresión de varios expositores, el gran geroglífico de Dios. De él se vale S. Juan para explicar la procedencia del Verbo de su Eterno Padre, y en el principio de su sublime Evangelio dice del Verbo esta magnífica expresión: «*lumen de lumine*,» luz de luz. Tertuliano, Dionisio, Atanasio, han tomado de este Evangelio la idea de explicar por el sol en cuanto es posible, el misterio de la Trinidad. Comparan el Padre con la luz original; es el Verbo como la luz de esta luz, *lumen de lumine*, y es el Espíritu Santo como el calor vivificante de esta luz. Y así como la luz, sin mengua ni corrupción, emite luz, así también, sin mengua ni corrupción procede el Hijo del Padre. De la luz y su esplendor procede el calor: del Padre y del Verbo procede el Espíritu Santo.

Bien comprendo que ninguna de estas imágenes satisface enteramente al espíritu; pero venid conmigo en que son vestigios muy marcados de la augusta Trinidad.

El hombre entre todos los seres, es el que presenta en el fondo de su naturaleza y en el móvil de sus aspiraciones, huellas luminosísimas de la Trinidad y Unidad de Dios. En él, no es la razón pura, ni las simples congetu-

ras humanas las que nos aseguran la existencia de tales vestigios. Dios mismo es el que nos ha revelado que en el estudio del hombre podemos descubrir semejanzas muy perceptibles de la Trinidad. Dios ha grabado en él su sello divino, cuando ha dicho al criar al hombre, con la voz de sus tres Personas: «Hagamos al hombre á nuestra «imagen y semejanza.» Estudiemos en la naturaleza del hombre la imagen de Dios. ¡Cuántas huellas, cuántos vestigios se descubren en ella, de la Trinidad divina! A la primera ojeada sobre el hombre le descubrimos el ser, el conocer y el querer; en su naturaleza tienen raíz tres vidas realmente distintas, cuyas operaciones son vejetar, sentir y entender: son tres las facultades principales y distintas que proceden de una y la misma alma: memoria, entendimiento y voluntad; y el mismo entendimiento se manifiesta con tres operaciones distintas, concibiendo, juzgando y discuriendo. Estudiando con mayor detenimiento la naturaleza humana, encontraremos con verdadera sorpresa no solo su semejanza con la Trinidad, sino hasta la procedencia de las tres divinas Personas; mas aún, la naturaleza de estas Personas; mucho más todavía, el objeto intrínseco de su felicidad. El entendimiento del hombre por su trabajo mental, engendra su pensamiento que es la imagen espiritual de lo que ve, y se llama su idea, su palabra interna, su *verbo*. El hombre ama esta idea engendrada por su entendimiento y se complace tanto mas en ella, cuanto mas hermosa, mas grande y mas perfecta la ha concebido. Pues bien; en este trabajo mental de la actividad humana, teneis la imagen mas viva de la Trinidad. También Dios piensa y abarca con su pensamiento la infinidad de su Ser y cuanto es inteligible, y lo hace con una sola idea y en una sola verdad. Permitidme esclareceros este pensamiento con la altísima doctrina del ángel de las escuelas. Dice Santo Tomás que cuanto mas limitada es la inteligencia necesita para conocer, de mayor número de ideas, y cuanto es mas clara y elevada, encierra en menor número de ideas su saber; de manera que una inteligencia amplísima co-

noceria en una sola idea todo lo concible. Esta inteligencia amplísima es la de Dios. La idea única en la que encierra, abarca y agota toda verdad, es su Verbo. Dios, por el acto fecundísimo é infinito de su entendimiento engendra su Verbo, que es su Hijo, á quien llamamos también Sabiduría increada, Sabiduría infinita. Dios también ama y se complace en su Verbo, en el que se ve á sí mismo y lo ve todo; y este amor es el amor divino, es el Espíritu Santo.

Para entender esto mejor, volvamos al hombre, penetremos un poco mas en el fondo de su naturaleza puramente espiritual; contemplémoslo luchando con su pequeñez é impotencia. Su febril actividad abatiéndose en su límite será un arcano aprisionado que declarará sobre la esencia de la Divinidad. El pensamiento del hombre, su verbo, por mas elevado que sea y por mas que se revista de la forma mas viva y deslumbrante, no traspasa jamás los estrechos límites de lo ideal y de lo abstracto; es siempre una idea simplemente; una apariencia que carecerá constantemente de realidad interna. El amor con que acaricie los mas bellos ideales de su entendimiento, solo será un afecto, un simple sentimiento, vivo y ardiente, si se quiere, como el calor de la imaginación que lo ha incubado, pero sin despojarse de la forma de puro afecto. La desesperación del hombre consiste precisamente en no tener bastante poder para hacer en sí mismo real su ideal. Pero Dios, infinitamente poderoso, ni tiene, ni puede sentir la impotencia del hombre. En El, su idea no queda dentro de los pobrísimos límites de lo ideal, como acontece con los conceptos de hombre; su idea tiene una realidad, una existencia interna, verdadera y positiva. De manera que Dios engendrando por su entendimiento su Verbo, su idea, engendra, no una idea abstracta, sino una persona real, su Hijo. Su amor, que es en el hombre el sentimiento con que se complace en sus conceptos, no es en Dios un simple afecto que necesite como en el hombre para su satisfacción completa, un término real

exterior. Es ya la persona real que ama la perfeccion infinita de la Divinidad; es ya el Amor divino, el Espíritu Santo que procede del Padre amando su Verbo; que procede del Verbo, Persona real, perfectísima imagen de Ser divino infinitamente amable. El Espíritu Santo procede, pues, del Padre y del Hijo como término de amor, como el acto inmanente y sustancial de su amor.

Llegando á este punto el entendimiento comienza á desvanecerse; no puede avanzar un paso mas sin sentirse deslumbrado. Si se me pregunta como es todo esto, responderé: yo no lo sé; salvándose se me dará toda la eternidad para resolver este problema. Detengámonos, pues, retrocedamos, considerando al hombre mejor bajo otra nueva fase.

El hombre siente en sí la conciencia de su propia personalidad: de ese *yo* que no pocas veces es un misterio para nosotros mismos. ¿Quién es y dónde está ese nuestro *yo* al que referimos todo, como se refieren al centro los radios todos de una circunferencia? Porque es una cosa averiguada que consideramos nuestra persona como el centro. Todo lo que no es el *yo*, que es todo lo que existe menos nuestra persona, decimos que nos rodea, que nos cerca, pero estando fuera de nosotros. Mas analizando nuestro *yo* de tal manera se nos adelgaza su idea que casi se nos escapa. Yo hablo como cosa mía, v. g. de mi cabeza, de mi corazón, de mi misma alma, de mi ser todo. Mas ¿dónde está esa persona dueña de mi cuerpo, de mi alma, de todo mi ser? Ante este análisis se desvanece completamente nuestro *yo*. Volvemos á encontrarle cuando le señalamos dueño á quien pertenecan no nuestras cosas, sino nosotros; no parte de nuestro ser, sino nuestro ser todo: nosotros mismos. Así, pues, nuestro ser con entera independencia de todo lo que no pueda considerarse como parte suya es nuestro *yo*. Es, pues, la persona una sustancia completa en sí misma, dueña de sí misma, subsistente en sí misma, señora de sus operaciones y con la conciencia de su propio señorío. Nosotros solo tenemos conciencia de un solo *yo*, de una

sola persona dueña de un ser bastante pequeño por cierto, pero del que podemos decir absolutamente: «este ser soy *yo*.» Mas en Dios subsistente en tres personas, como la fé nos lo enseña, cada una de ellas puede decir del Ser divino: «Yo soy Dios.» El Padre, el Verbo, el Espíritu Santo pueden decir de la Esencia divina: «mío es este Ser infinito: Yo soy la Divinidad.»

Abramos aquí un paréntesis para encerrar dentro de él esta bellísima idea que completa y perfecciona el altísimo concepto que alcanzamos de la Divinidad. Dios, siendo trino es infinitamente feliz. Para desenvolverla sirvanos de contraste el hombre mismo, imagen de Dios. Imaginaos por un momento á un hombre absolutamente aislado en la creacion; éste á pesar de vivir con su pensamiento y complacerse en él, se encontraría solo, se sentiría solo, se quejaría de solo. Su pensamiento y su amor, simples afecciones de su ser aspirarian siempre y con vehementísimo deseo á un objeto real en que descansasen como en su término, y mientras careciese de él sería verdaderamente infeliz. Mas en Dios, en quien es real y persona su Verbo, en quien es real y persona su amor, no puede haber ni soledad ni infelicidad. La mitología crió un Olimpo para Júpiter, ¡miseria! La fé cristiana que nos revela á Dios como Espíritu purísimo, nos deja vislumbrar en su Trinidad augusta esa felicidad suprema que encuentra en la sociedad y comunicacion mútua de sus tres Personas engolfadas en una Esencia infinitamente perfecta é infinitamente amable. Dios no está solo; Dios es infinitamente feliz. Tiene en sí mismo una felicidad siempre presente, siempre eterna; felicidad que el hombre busca fuera de sí, que solo puede encontrar fuera de sí, y cuyo lleno lo hallará cuando sus méritos lo eleven á la posesion del piélagos incommensurable de las perfecciones de la Divinidad.

Ya veis, cristianos, como hemos hallado en la naturaleza y en el hombre, siquiera sean pálidos reflejos de la augusta Trinidad. Antes que S. Juan hablara, habia puesto el Señor su sello en la creacion. Las ideas que he

presentado á vuestras inteligencias son altas y concebibles solo para los que han estudiado en la filosofía cristiana, la naturaleza del hombre, pero infinitamente mas alto está Dios. Los conceptos vertidos os han puesto ante los ojos, en cuanto es posible, la Trinidad de Personas, su origen y su felicidad. Pero no he terminado. S. Juan concluye con estas palabras: «estos tres son una misma cosa.» Estas expresiones de S. Juan alejan de nosotros la inteligencia del misterio de la Trinidad que parece entrevéamos ya. ¿De qué manera podré acercar de nuevo este misterio que se desvanece de nuestros ojos deslumbrados? ¿Cómo podré hacerlo nuevamente perceptible, siquiera hasta donde es dado que una lámpara ilumine las profundidades del espacio? Tomaré de nuevo al hombre. Ya no os repetiré que sus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, son una misma alma; ni que sus tres vidas, vegetativa, sensitiva é intelectual son una misma naturaleza. Tomaré ahora sus deseos y aspiraciones. Os pido perdon primero por tener que apelar á sus afectos profanos para ilustrar este Misterio; mas tambien en ellos está, tambien en ellos se ve la imágen y semejanza de la Divinidad.

¿Habeis estudiado alguna vez el corazon humano? ¿Habeis sentido esos deseos sin nombre, esos caprichos imposibles, esas aspiraciones á cosas de suyo inadquisibles, pero que la imaginacion pinta como posibles y hacederas? Atendedme. Os he dicho que el hombre está solo aunque viva de sus pensamientos y se sienta ahogado por los ideales de su fantasia. Y se siente solo á pesar de que no tiene nada mas íntimo que su pensamiento, ni nada que sea mas suyo que el amor con que lo acaricia. Necesita un ser fuera de sí en que concentre sus pensamientos y sus afectos. Pero este ser que quiere, no lo quiere ni distante ni separado, y por mas cerca que lo tenga, siempre lo creará léjos, si no está tan próximo á él como su pensamiento, si no le es tan íntimo como su amor, si no se trasfunde en él como una gota en otra gota de agua. Su aspiracion suprema, su deseo imposible seria

hacer de este ser, un ser con él, identificarse con él, pero siendo á la vez distinto de él para no perder la conciencia de su persona que le haria perder la conciencia de su dicha. Pues bien, este deseo del hombre, imposible en esta vida, esta union sustancial, es, segun Santo Tomás, el modo natural del ser de Dios. Las tres Personas divinas realmente distintas, que no se confunden, de las cuales la una no es la otra, están tan íntima, tan sustancialmente unidas que son un mismo ser, una misma cosa como dice S. Juan, un mismo Dios. Así pues, el modo imposible con que el hombre desea en esta vida ser feliz, es la felicidad inefable de Dios. Dios al criar al hombre á su imágen y semejanza, colocando en su corazon tan delicada tendencia, le ha hecho presentir esta última y altísima verdad que las corona todas: «Dios debe ser trino para poder ser feliz; Dios debe ser uno para ser feliz.»

¡Cuán grande, infinito é incomprensible es nuestro Dios! ¿Qué diferencia tan enorme entre las deidades inventadas por la razon extraviada y el Dios de los cristianos! ¿Qué abismo entre el panteísmo que arrebató al hombre su personalidad para perderla en una deidad mentida, como se pierde la gota de agua en la inmensidad de los mares y la fé cristiana que conserva nuestra persona en la posesion eterna de nuestro Dios! ¡Qué enseñanzas tan altas despierta en el espíritu del hombre la idea de un Dios trino y uno, Dios que nos llama á una felicidad infinita, como la hemos soñado en esta vida, haciéndonos una cosa con El pero sin perder nada de nuestro ser propio, ni de nuestra propia personalidad!

¡Ah! cómo se derrite de amor mi alma al saber que Dios grande como es se ha dignado acercarse á mí, hasta grabar en mí su imágen y que me haga aspirar, en cuanto puede una criatura, á ser con El una misma cosa en el piélagos de su infinidad! El pasmo embarga mi espíritu, sabiendo como sé que para alcanzar ese altísimo fin digno de mí y digno de El, para estos tres han obrado por mí estupendas maravillas. Yo sé bien que las operacio-

nes de las tres divinas Personas son comunes, porque nacen de una misma naturaleza; pero me complazco en reconocer, porque así me lo dice la fé y el Credo me lo enseña, que cada una de las tres Personas especialmente ha obrado prodigios pensando en mí. El Padre ha pensado en mí. Ha criado el cielo y la tierra con perfectísima hermosura para que en cierto momento determinado, yo tome parte en la contemplacion de su belleza; me ha elegido á mí entre mil criaturas que serán siempre posibles para que yo sea testigo de tanta grandeza; para conservarme á mí, para cuidar de mí, para ver retratada en mí su imágen, para llamarme á mí hijo y yo á El Padre. El Verbo divino ha pensado en mí. El hombre arrojó una mancha en la parte mas bella de la creacion sensible, y el Verbo para borrarla, bajó del seno de su Padre y tomó la naturaleza humana para crucificar el pecado que habia arrojado esa mancha dejándome un secreto celestial para purificar y hacer resplandecer en mí más y más la imágen de Dios. El Espíritu Santo piensa en mí. Siendo amor, me ha amado siempre y siempre se ha valido de los prodigios del poder del Padre, de los méritos infinitos del Hijo y de los effúbios de su amor para cautivarme á mí para atraerme á sí. Y si el Padre me llama su hijo, y el Verbo encarnado su hermano, El, supremo Amor, no queda satisfecho, sino haciendo de mí alma, su esposa. Para unirme estrechamente en la Divinidad, anticipándome las dulzuras de la eterna posesion ha instituido el sorprendente y admirable sacramento de la Eucaristia por cuyo medio maravilloso las tres Personas hacen mansion en mi alma, preparándola para la mansion eterna y felicísima de los cielos. ¡Cristianos! ¡Este es nuestro Dios: rindámosle el homenaje de nuestra mas profunda adoracion!

SERMON

DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

PREDICADO

EN LA IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA, EL DOMINGO 26 DE
MAYO DE 1861, POR EL SR. CURA DE SAN MARCOS

H. Jose Maria Garcia Mendez.

Fides catholica hanc est: ut unum Deum
in Trinitate, et Trinitatem in unitate vene-
remur.

*Esta es la fé católica: que veneremos un
solo Dios en la Trinidad de personas; y esta
trinidad en la unidad de Dios.*

Símbolo de S. Atanasio al v. 5.

«La fé salva al mundo,» ha dicho un ilustre orador de nuestro siglo (1); y esta frase, tan sencilla cuanto sublime, entraña un principio fundamental de la Iglesia católica. Cuando el corazón de Dios quiere desplegar

(1) Lacordaire, Serm. 12.